

Mujer samaritana

Un encuentro con el agua viva

Venid, ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho.

¿No será éste el Cristo? Juan 4.29

En el capítulo 4 del Evangelio de Juan nos encontramos a una mujer samaritana con un trasfondo bastante miserable. Jesús la halló cuando llegó a sacar agua de un pozo, y el encuentro transformó su vida.

Ella vino sola, al pozo y en su encuentro Jesús, le pidió agua. Esto no presentaba ningún drama, e indudablemente no parecía una escena que nos pudiera llevar más adelante, a una de las más profundas lecciones teológicas de toda la Biblia. Aprendamos algunas lecciones acerca de esta mujer bajo varios conceptos, Una ubicación excepcional. Una curiosa conversación Una revelación deslumbrante y una Transformación asombroso.



1. Una ubicación excepcional (leer v 1 al 6)

El pozo de Jacob, era el campo que Jacob compró para instalar su tienda en la tierra de Canaán (**Génesis 33.18-19**). Este mismo campo fue el primer bien raíz habitado que la Escritura menciona como propiedad de un israelita en la Tierra Prometida. Esta propiedad fue, en realidad, el hogar de Jacob.



Es el mismo lugar en que después fueron puestos los huesos de José, para su descanso definitivo. Recuerde que cuando Moisés dejó Egipto, llevó consigo el féretro de José (**Génesis 50.24- 26; Éxodo 13.19**). Los israelitas llevaron consigo esos restos durante los 40 años que permanecieron en el desierto. Uno de sus primeros actos después de conquistar la Tierra Prometida, fue el entierro definitivo de esos

huesos. Todo esto se hizo según lo había pedido el propio José (**Hebreos 11.22**). Para los israelitas, la historia de los huesos de José era un recuerdo muy significativo de la fidelidad de Dios (**Hechos 7.15-16**).

El pozo que estaba en la propiedad no se menciona en el Antiguo Testamento, pero su ubicación estaba bien establecida en los días de Jesús por la tradición judía, y en el sitio hay una gran señal hasta hoy. Es un lugar reconocido por los visitantes de tierra santa. Y tiene la característica de que es muy hondo, accesible solo mediante una larga soga que llega a un hoyo cavado en una piedra de caliza blanda. El estanque abajo se nutre en primavera, por lo que su agua es siempre fresca, pura y fría. Es el único pozo, y el de mejor agua, en un entorno donde abundan los manantiales salobres.

Los israelitas consideraban la existencia de este manantial en la propiedad de Jacob como una prueba de la gracia y misericordia de Dios con él. Por lo tanto, su ubicación tenía una muy larga y significativa historia en la tradición judía.

En tiempos de Jesús, sin embargo, esa porción de territorio estaba situada en Samaria, y este es otro sorprendente e importante detalle acerca de lo presentado en Juan 4.

Los samaritanos eran considerados impuros por los israelitas. Jesús viajaba de Jerusalén a Galilea (v.3). Una mirada a cualquier mapa muestra que la ruta más directa entre esos dos puntos pasa por Samaria. Pero en los tiempos de Jesús, cualquier judío que se respetara viajaría siempre por una ruta diferente.

Los samaritanos eran un pueblo de raza mixta, descendiente de los paganos, que se habían casado con los pocos israelitas que permanecieron allí, después que los asirios conquistaron el reino del norte (722 a.C.).

Ya en tiempos de Nehemías (mediados del siglo V a.C.), los samaritanos constituían una seria amenaza para la pureza de Israel.

En el primer siglo, los samaritanos tenían una cultura distinta construida en torno a una religión, que mezclaba aspectos del judaísmo y de paganismo. Su lugar de



su lugar de

adoración estaba sobre el monte Gerizim. Sanbalat (dirigente samaritano) había construido allí un templo para rivalizar con el de Jerusalén. Por cierto, el templo samaritano era servido por un falso sacerdocio.

Durante el período de los Macabeos, menos de un siglo y medio antes del tiempo de Jesús, el ejército judío al mando de Juan Hircano, destruyó el templo samaritano. A pesar de eso, Gerizim siguió siendo sagrado para los samaritanos y el centro de adoración de su religión. (Un grupo de ellos aún hoy adora allí.)

El desprecio de los judíos por los samaritanos era tan fuerte en el primer siglo, que la mayoría simplemente rehusaba viajar a través de Samaria, a pesar de la importancia de esa tierra en su patrimonio.

Deliberadamente Jesús rompió con este convencionalismo. **Juan 4.4 dice: «Y le era necesario pasar por Samaria».** Tenía un propósito que cumplir y esto requería que viajara a través de Samaria, se detuviera en el histórico pozo, conversara con esta problemática mujer e hiciera una divulgación sin precedentes de su misión e identidad.

Es fabuloso que Jesús pudiera intencionalmente elegir el lugar, e iniciar una conversación con una miserable mujer samaritana como ésta. Era insólito aún para ella que un judío quisiera dirigirle la palabra (v.9). Fue igualmente chocante para sus discípulos encontrarlo hablándole (v.27). Se habría considerado ultrajante para Él, que bebiera de un vaso impuro que pertenecía a una mujer impura. Parece extraño que una mujer como ésta entrara tan rápidamente en un extenso diálogo teológico.

Es maravilloso ver cuán ricas podían ser las enseñanzas de Jesús, aún en un contexto como éste. (El corazón y el alma de toda la Escritura nos enseña que la auténtica adoración se puede resumir en apenas unas pocas palabras que Jesús dijo a esta mujer en los versículos 21 al 24).

Pero, lo que es asombrosamente inesperado en toda esta fantástica situación, es que Jesús escoge el tiempo, el lugar y a esta mujer para ser parte del acto donde habría de revelar formal y explícitamente (por primer vez en la vida) su verdadera identidad como el Mesías. Y ese hecho singular le da automáticamente a esta mujer un prominente lugar en la categoría de «extraordinaria».

2. Una curiosa conversación. (leer 7 al 14)

La conversación de Jesús con la mujer comienza de manera bastante sencilla y natural. Él le pide algo de beber. El pozo era hondo y no tenía forma de sacar agua; por eso le dijo: «Dame de beber» (v.7). Podría haber dicho esto de manera informal y muy amistosa, pero lo expresó en forma de mandato.

Pero la mujer no se sintió ofendida. Al revés, expresó de inmediato su sorpresa por el hecho de que Él quisiera hablarle y, peor aún, beber de su vaso:

«¿Cómo tú, siendo judío, me pides a mí de beber, que soy mujer samaritana?» (v.9)

Tabúes de género, divisiones raciales, y el sistema de clases imperante, normalmente impedirían a un hombre de la condición de Jesús conversar con ella, y muchos menos beber de un recipiente que le pertenecía.

Esquivando su primera pregunta, Jesús dijo: **«Si conocieras el**



don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva» (v.10). Estaba aludiendo ya al verdadero mensaje que intentaba entregarle. Ella entendió de inmediato que Él estaba haciendo una asombrosa afirmación. Replicó: **«Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo. ¿De dónde, pues, tienes el agua viva? ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, del cual bebieron él, sus hijos y sus ganados?» (vv.11-12)**

En realidad, Él era más grande que Jacob, y ese es precisamente el punto que quería demostrarle. Pero una vez más, en lugar de responder directamente su pregunta, continuó hablando del agua viva. Le aseguró que el agua que Él ofrecía era infinitamente mejor que el agua del pozo de Jacob: **«Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; más el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna» (vv.13-14).**

Leer 15 al 18 Ahora, ella estaba en la cima de la curiosidad, así es que le pidió que le diera de esa agua (v.15). Creo que había empezado a entender que Él hablaba de agua espiritual. Las parábolas y las metáforas eran las herramientas usuales de enseñanza en esa cultura. Jesús era obviamente un tipo de rabino o líder espiritual. Es improbable que ella estuviera todavía pensando en términos literales. Pero su réplica tan solo imitó el mismo lenguaje metafórico que Él había usado con ella: **«Señor, dame esa agua, para que no tenga yo sed, ni venga aquí a sacarla» (v.15).**



Las siguientes palabras de Jesús le causaron un inesperado cortocircuito: **«Ve, llama a tu marido, y ven acá» (v.16).**

Ahora estaba en un aprieto. La verdad sobre su vida era tan horrible que no podía admitirla ante Él. Parecía estar suponiendo que era una típica mujer con un hogar respetable y un marido honorable. Pero ella no era nada de eso; así es que, en lugar de exponer toda su desgracia frente a este rabí, dijo solo una mínima parte de la verdad: **«No tengo marido» (v.17).**

Ante su total consternación, Él ya sabía toda la verdad: **«Bien has dicho: No tengo marido; porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es tu marido; esto has dicho con verdad» (vv.17-18).** Nótese que Jesús no la reprendió como a una mentirosa; por el contrario, la elogió por hablar sinceramente. No estaba negando su pecado. Pero obviamente, tampoco estaba orgullosa de lo que había sido su vida. No importaba. Él sabía todo acerca de su pecado con sus infinitos detalles. Cuando más tarde ella contó su encuentro con Jesús, éste fue el hecho que dejó mayor impresión en su mente. **«Me ha dicho todo cuanto he hecho» (vv.29-39).** Momentos antes le había preguntado si Él era más grande que Jacob. Ahora lo sabía.

Con moderación ella reconoce su culpa, **«Señor, me parece que tú eres profeta» (v.19)**. Jesús la había desenmascarado completamente. Quienquiera que fuera, obviamente sabía todo sobre ella. Y a pesar de eso, lejos de rechazarla o castigarla, ¡le ofrecía el agua de la vida!

Leer 20 al 25 En este punto, miles de ideas y preguntas se deben haber agolpado en su mente. Por cierto, debe haberse preguntado quién era y cómo sabía tanto acerca de su vida. Es obvio que Él estaba preparado para decirle quién era. Él mismo lo había planteado desde el comienzo (v.10). Pero en lugar de seguir tras esa pregunta, ella giró la conversación en una extraña dirección. Sacó lo que, a su parecer, era el mayor punto de enfrentamiento religioso entre judíos y samaritanos: **«Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar» (v.20)**. En realidad no le dio a esto carácter de pregunta, pero tampoco creo que lo planteara como un desafío. Pienso que estaba de verdad esperando que este rabino, que parecía saberlo todo, pudiera aclarar lo que para ella era el debate fundamental de la época: **¿Quiénes tenían la razón? ¿Los judíos o los samaritanos? ¿Gerizim o Jerusalén?** Jesús no ignoró su pregunta. Tampoco la reprochó por cambiar de tema. En Juan 4.21-24 leemos la respuesta breve y contundente que le dio:

Mujer, créeme, que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adorarán al Padre. Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salvación viene de los judíos. Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren».

JUDIOS	SAMARITANOS
<ul style="list-style-type: none">• Templo en Jerusalén• Ley, salmos y profetas.• Raza pura	<ul style="list-style-type: none">• Templo en Gerizim• Pentateuco<ul style="list-style-type: none">• Falso sacerdocio en el templo.• Raza mezclada

Con esa réplica, logró varias cosas. **Primero**, le hizo saber que el lugar donde se adora no es lo importante. Los verdaderos adoradores se definen por a quién adoran.

Segundo, dejó en claro que la tradición religiosa en la que había crecido era total y absolutamente falsa. **«Adoras lo que no sabes, nosotros conocemos lo que adoramos, porque la salvación viene de los judíos» (v.22)**. Él no disimuló la realidad ni se molestó tratando

de ser delicado. Respondió la verdadera pregunta que ella le estaba haciendo.

Tercero, sutilmente la guio para volver al tema principal, de que vendría una nueva época cuando ni Gerizim ni Jerusalén tendrían el monopolio del sacerdocio. La era del Nuevo Pacto estaba ya en el horizonte. Había un sutil mensaje de expectativa mesiánica en sus dichos y ella lo entendió. Y respondió con estas asombrosas palabras: **«Sé que ha de venir el Mesías, llamado el Cristo; cuando él venga nos declarará todas las cosas» (v.25)**.

¿No es significativo que esta mujer samaritana, nacida y formada en una cultura de religión corrupta, compartiera la misma esperanza mesiánica con todas las otras piadosas mujeres de la Escritura?

Miremos su declaración. Ella sabía que el Mesías vendría. Esa fue una expresión definitiva de certeza. Era una fe embrionaria esperando nacer. ¿Y cómo creía ella que el verdadero Mesías se identificaría a sí mismo? **«Cuando él venga, nos dirá todas las cosas»**

(v.25). Jesús ya le había demostrado el conocimiento total de todos sus secretos. Así ella más tarde testificó a los hombres de su pueblo: **«(Él) me ha dicho todo cuanto he hecho» (v.29)**

Estaba sugiriendo con mucha fuerza que sospechaba que Jesús mismo podría ser el Mesías. Cuando el apóstol Pedro más adelante confesó su fe en que Jesús era el Cristo, el Hijo del Dios viviente, Jesús le dijo: **«Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos» (Mateo 16.17).** Lo mismo pasaba con esta mujer. El Espíritu Santo estaba trabajando en su corazón. Dios el Padre fue atrayéndola irresistiblemente a Cristo, revelándole la verdad que ningún ojo había visto y ningún oído había escuchado. Ahora Jesús estaba listo para quitar la cortina y revelar su identidad verdadera en una manera sin precedentes.

3. Una revelación deslumbrante

Juan 4:25-27

Esta es la más singular, directa y explícita declaración mesiánica que Jesús jamás haya hecho. No hay ninguna evidencia bíblica de que haya dicho esto tan francamente a nadie más. No hay ningún otro registro de que se revelara tan expresamente, sino hasta la noche en que fue traicionado.

No fue sino hasta su juicio que Jesús una vez más reveló su identidad tan francamente como lo hizo a esta mujer samaritana.

El sumo sacerdote le preguntó: **«¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito?» Marcos 14.61** Jesús dijo: **«Yo soy; y veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo» (v.62).**

Fue esta misma declaración la que finalmente le costó la vida. Marcos escribió: **«Entonces el sumo sacerdote, rasgando su vestidura, dijo: ¿Qué más necesidad tenemos de testigos? Habéis oído la blasfemia; ¿qué os parece? Y todos ellos le condenaron, declarándole ser digno de muerte» (vv.63-64).**



A la luz de todo esto, es absolutamente asombroso que la primera vez que Jesús escogió revelarse como el Mesías, lo hiciera a una mujer samaritana con tan dudoso pasado. Pero su revelación es un testimonio a la fe de ella. La fe de ella se convirtió en auténtica, plena y madura, si es que ya no había brotado. Jesús no lo habría hecho con un incrédulo.

La Escritura dice que fue precisamente **«en este momento» que los discípulos regresaron «y se maravillaron de que hablaba con una mujer» (Juan 4.27).** La expresión griega es enfática, sugiriendo que ellos retornaron justo a tiempo para oírle decir que Él era el Mesías.

Quedaron mudos por el impacto de la escena. Juan, un testigo ocular, escribió: **«Ninguno dijo: ¿Qué preguntas? o, ¿Qué hablas con ella?» (v.27)**

La fe de una persona es importante para Dios, él se encargará de confirmar en cada una de nosotras su poder, y confirmar en nosotros que él es Dios.

Momentos específicos donde hemos confirmado que él es todo poderoso y está a nuestro lado, sentimos su presencia y reconocemos que él es Dios.

4 Una transformación asombrosa (28- 30)

Poco después de que los discípulos llegaran, la mujer dejó el pozo, abandonando su vasija de agua. Ella tenía todo el propósito de regresar. Su plan era traer a los varones de la ciudad y presentarlos a Cristo. El secreto de este conocimiento asombroso no podía mantenerse oculto.

Su respuesta fue típica de un nuevo creyente, una de las evidencias de una fe auténtica. La persona a quien recién se le ha quitado la carga del pecado y la culpa siempre desea compartir las buenas nuevas con los demás. La emoción de la mujer debe haber sido palpable. Y note que la primera cosa que les dijo a los hombres del pueblo fue que Jesús le había dicho todo lo que ella había hecho. No estaba ocultando ni negando sus actos de pecado. Estaba disfrutando del resplandor del perdón, y sencillamente no hallaba vergüenza en ello.

Su entusiasmo y determinación eran aparentemente difíciles de resistir, porque los hombres de la ciudad volvieron con ella al pozo donde conocieron a Jesús.

Del 39 al 40

El impacto inmediato del testimonio de esta mujer sobre la ciudad de Sicar fue profundo. Juan escribió:

¡Qué contraste hace esto con la recepción que Jesús recibió de los escribas y fariseos en Jerusalén. Lucas escribió: **«Y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: Este a los pecadores recibe, y con ellos come» (Lucas 15.2).**

Los líderes religiosos estaban disgustados con Él porque le gustaba conversar con bribones y granujas tales como esta mujer. Ellos se burlaban de Él abiertamente, diciendo: «He aquí un hombre comilón, y bebedor de vino, amigo de publicanos y de pecadores» (Mateo 11.19). Se ofendieron, por ejemplo, cuando Jesús fue a la casa de Zaqueo. «Al ver esto, todos murmuraban, diciendo que había entrado a posar con un hombre pecador» (Lucas 19.7).

Pero los samaritanos carecían de los escrúpulos falsos de los religiosos hipócritas. Los líderes de esa aldea samaritana, se oponían en muchas maneras a los líderes religiosos de Jerusalén. Los líderes judíos, por supuesto, estaban convencidos de que cuando viniera el Mesías, Él los vengaría. Expulsaría a los romanos e instalaría su reino sobre todo el mundo, con Israel al centro. Triunfaría sobre todos los enemigos de Israel, incluyendo los samaritanos, y gobernaría y reinaría por medio de las estructuras políticas y religiosas que Él representaba.



Los samaritanos tenían una perspectiva opuesta. Ellos sabían del Mesías prometido. Aunque los libros de Moisés eran la única parte del Antiguo Testamento en la que ellos creían, la promesa mesiánica estaba allí. El Pentateuco incluye todas las promesas familiares acerca de la simiente de la mujer que aplastaría a la serpiente, y la simiente de Abraham, en quien todas las naciones serían benditas. Por eso es que la mujer samaritana sabía que el Mesías vendría.

Los samaritanos tenían un claro sentido de que eran pecadores. Cuando hablaban del Mesías que vendría, probablemente anticipaban su venida con un grado de temor.

Así cuando esta mujer anunció que había encontrado al Mesías y que este sabía todo acerca de su pecado no obstante lo cual de todos modos la aceptó, los hombres de Sicar dieron la bienvenida a Jesús con gran entusiasmo.

Leer versículos 40-42

Esto provocó un asombroso despertar que debe haber transformado del todo a esa pequeña ciudad. Jesús en verdad había encontrado a una verdadera adoradora. La Escritura no dice qué fue, finalmente, de la mujer samaritana. Su corazón fue claramente cambiado por su encuentro con Cristo. No hay duda que su vida cambió también, porque

«Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas» (2 Corintios 5.17).

Dentro de los tres años siguientes al encuentro de Cristo con la mujer samaritana en el pozo de Jacob, se fundó la iglesia. Su influencia rápidamente se esparció desde Jerusalén a Judea y Samaria, y desde allí hasta lo último de la tierra (**Hechos 1.8**). Eso significa que la mujer samaritana y los hombres de su ciudad pronto fueron capaces de encontrar compañerismo y enseñanza en un contexto donde **no había ni hebreos ni samaritanos, ni judíos ni griegos, ni esclavos ni libres, mujeres u hombres; sino que todos eran uno en Cristo Jesús (Gálatas 3.28).**

Creo que efectivamente la aldea samaritana de Sicar llegó a ser un centro de actividad evangelizadora. Habiendo salido de su camino para revelarse a sí mismo a este pueblo, habiéndoles dado del agua de la vida que extingue la sed espiritual, podemos tener sencillamente la certeza que Él no los abandonó.

Esta mujer, que había comenzado su nueva vida trayendo a muchos otros a Cristo, no dudó en proseguir su ministerio evangelizador, que hoy continúa por medio del mensaje de la Escritura. Multitudes han venido a Cristo a través de la influencia de Juan 4 y **«por la palabra de la mujer, que daba testimonio diciendo: Me dijo todo lo que he hecho» (v.39).** Solo el cielo revelará los grandes y trascendentales frutos de este encuentro del Mesías con esta extraordinaria mujer.



**Estoy de acuerdo con Dios,
en reconocer mis
pecados?**

**Mi transformación es un
cambio notorio al mundo?**

**Testifico a otros de Dios y
su poder?**

**De la manera que las
mujeres del A.T anhelaban
al Mesías, anhelo y confío
en su segunda venida?**